

La adoración a Dios desde una perspectiva Bíblica y Cúltica

Por Josep Laporta

Lunes, 19 de septiembre, 2005

Associació de Ministres

de l'Evangelí de Catalunya

'Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jahvéh nuestro Hacedor. Porque él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano' (Salmo 95:6,7).

Las palabras de este salmo sintetizan las primeras verdades en cuanto a la realidad de la adoración. *'Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jahvéh nuestro Hacedor'*, estas cuatro palabras son un resumen vivo de la esencia de la adoración.

En primer lugar es necesario diferenciar *alabanza* de *adoración*. Muchas veces se hacen referencias idénticas o, por lo menos, se combinan para formar un todo completo. Alabanza, proveniente de la raíz hebrea *halal*, es una llamada a alabar a Dios, es *ialeluya!*, un reconocimiento íntimo, público y sonoro de las grandezas de Dios. Alabar es una expresión de elogio, una ponderación real de lo que es Dios, una declaración transversal, desde el canto a la oración, desde la actitud a la acción, desde la razón al sentimiento. Es más que un piropo, es enaltecer, exaltar, encumbrar, honrar, ajustar nuestra opinión de Dios con la grandeza del mismo Creador.

Por su parte, la adoración se distancia del sentido de elogio de la alabanza. Adorar indica plena sumisión objetiva y subjetiva del adorador hacia su Hacedor. La palabra más utilizada en el A.T. es *sacha*, que significa inclinarse, hacer reverencia. En el encuentro de adoración, el que adora se postra simbólicamente o físicamente, según siente necesidad de hacerlo ante la presencia y majestad de Dios. Esta actitud está reflejada en la experiencia del siervo Abraham al reconocer que Dios le había enviado a Rebeca, en la búsqueda de una esposa para Isaac. El siervo, Abraham, *'se inclinó y adoró a Jahvéh'* (Génesis 24:26).

Jesús utilizó el equivalente de la palabra *sacha*, cuando dijo a la mujer de Sicar *'Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren'* (Juan 4:24). La palabra griega que se traduce como

adoración, *proskuneo*, está formada por dos raíces: *pros* (hacia) y *kuneo* (besar), es decir, 'besar hacia', 'postrarse' o 'inclinarse'. Especialmente, el concepto bíblico de adoración nos obliga a pensar en alguien que se somete, que se postra, que queda por debajo de su adorado. Visualmente, el adorador está lamiendo el suelo, mientras que el adorado permanece por encima, mostrando y ejerciendo el dominio sobre el adorador. También indica que el que se postra permanece a la espera de recibir algo que él mismo no puede generar, por eso se postra, se rebaja, porque él reconoce primeramente que su Dios es absolutamente superior y está dispuesto a aceptar todo beneficio.

Reconocidos los elementos distintivos y definatorios de *alabanza* y *adoración*, nos adentramos en cómo es la experiencia de la adoración. Es decir, qué rasgos comunes se dan en diferentes lugares del A.T. o del N.T. para entender, por medio del uso común o habitual, qué es la adoración.

Abel realiza el primer acto de adoración de la historia dando lo mejor de sus frutos por medio de una ofrenda (Génesis 4:3, 4). Dios reconoce una especial actitud de fe y adoración en Abel que *'ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio que era justo...'* (Hebreos 11:4). No hay ninguna referencia al ritual que se realizó, pero el autor de Hebreos manifiesta que la profundidad de su acto fue lo que agradó a Dios. Sus mejores ovejas fueron presentadas, pero la valoración de Dios no estuvo exclusivamente en las ovejas sino en el deseo de Abel de agradarle, en su postración. En la adoración, Dios atiende al quebrantamiento de corazón, pero observando todos los detalles.

En tiempos de Noé se aceptaba como práctica cültica el ofrecer sacrificios de animales. Después del diluvio, Noé presenta a Dios altar y sacrifica. *'...y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar'* (Génesis 8:20). Jahvéh percibió olor grato. La adoración resultó en beneficio y actuó en respuesta de bendición para Noé y sus descendientes: *'no volveré más a maldecir la tierra...'*, dijo Dios. Es interesante observar cómo un acto de conmovida adoración parece cambiar la opinión de Dios.

Cada vez que los judíos tuvieron un encuentro con Dios expresaron su adoración de una manera que, para nosotros, no parece convencional. Acostumbraban a dar ofrendas, construir altares, dedicar espacios y objetos donde Dios se les apareció representado. Abraham construyó un altar en Siquem en memoria de la aparición de Dios a él (Génesis 12:7); y Jacob, después de recibir una revelación de Dios a través de un sueño, en

Betel consagró una piedra que había usado como almohada y la levantó como señal y derramó aceite sobre ella (Génesis 28:18). Esta genérica manera de mostrar adoración indica que el enclave o el lugar es un recordatorio de la acción de Dios, por lo tanto adorar era dejar 'pedrecitas blancas' a lo largo del camino para perpetuar en el tiempo un evento cumbre donde adorador y adorado se encuentran en una maravillosa unión. En la reflexión de Jacob se observa el alcance real de la adoración: *'Ciertamente Jahvéh está en este lugar y yo no lo sabía... ¡Cuán terrible es este lugar!'* (Génesis 28:16-17). Esta última expresión manifiesta la autenticidad del acto de adoración.

El patrón de adoración de los judíos muta o cambia con los años. En el libro del Éxodo se va transformando en más congregacional; en principio parecerá más familiar, después más institucional. Cuando en tierra extraña es necesario encontrar los elementos de identidad de su fe, aparece el acto de adoración, con sus sacrificios y solemnidades. Después de que Moisés estuvo en el monte Horeb, el monte de Dios, con la experiencia de la zarza que no se consumía, aprende que la adoración les podría prevenir de muchos males. Moisés y Aarón responden a Faraón: *'el Dios de los hebreos nos ha encontrado; iremos, pues, ahora, camino de tres días por el desierto, y ofreceremos sacrificios a Jahvéh nuestro Dios, para que no venga sobre nosotros con peste o con espada'* (Éxodo 5:3). La prevención en la adoración. Adorar para no desatar la ira del Altísimo.

En el Sinaí, las fronteras de la adoración quedan determinadas cuando el pacto se alía con las leyes. Dios demanda una adoración sincera: *'No te inclinarás a las imágenes, ni las honrarás; porque yo soy Jahvéh tu Dios, fuerte y celoso...'* (Éxodo 20:5). El Hacedor parece establecer unos límites protectores, pero en realidad determina la esencia de la adoración que Él desea: única, excelente, sincera, auténtica y suficiente para satisfacer todas las necesidades espirituales del ser humano.

Antes que los israelitas marcharan del Sinaí, Dios instruyó a Moisés para que el pueblo construyera un santuario: *'harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos'* (Éxodo 25:8). La palabra 'santuario' expresa el lugar en el cual la presencia de Dios habita en medio del pueblo. Este es un paso decisivo entre la adoración comunitaria y autónoma, y la adoración organizada, que se consolida con la construcción del tabernáculo, donde cada elemento simboliza distintos aspectos de la adoración: la mesa de los panes de la proposición representa la presencia del Señor; el arca del pacto las condiciones del acuerdo; los candeleros la presencia de Dios como luz de la vida, etc.

La construcción del tabernáculo incide en la formación de una adoración congregacional e institucional. Comienza una nueva era en la historia de Israel: la expiación y sustitución se enfatiza con el sacerdocio y el servicio en el tabernáculo. El concepto de pecado es más patente, tanto desde el punto de vista de la expiación como de la sustitución. Los distintos aspectos del tabernáculo, con sus divisiones, ejemplarizan la realidad del pecado y la necesidad de remisión. Los sacerdotes y levitas son representantes del pueblo ante Dios; y al sumo sacerdote le es permitido entrar en el lugar santísimo. De esta manera el tabernáculo es el lugar de adoración, el punto central para la comunión con Dios, tanto personal como nacional (Éxodo 33:7-11).

El tabernáculo simboliza la presencia de Dios, y la adoración queda asociada con la institución del día de reposo. El sábado es el día adecuado para que Israel recordara el pacto, al tiempo que el acto adorador queda regularizado en tiempo y espacio, aunque fuera ambulante. En realidad todo está dispuesto para que los israelitas puedan adquirir la estabilidad ideal para su felicidad espiritual, pero, como siempre, el pecado interfiere y el pueblo prefiere seguir sus propios deseos antes que someterse a Dios por medio de una adoración que dé sentido y dirección al viaje hacia la tierra prometida.

Es necesario no olvidar que la adoración de aquel entonces se entiende mejor como algo que va en un desarrollo progresivo de acuerdo a las necesidades humanas que van apareciendo y a las demandas divinas. Este concepto nos ayuda a entender que la adoración del A.T. se construye y modela a través de una relación entre Dios y pueblo, mientras que la adoración neotestamentaria se sostiene sobre la base de la cruz del Calvario, por lo cual es definitiva y culminante.

La entrada a la tierra de Canaán cambió la vida del pueblo de Israel de nómada a sedentaria. Los acontecimientos de la vida diaria, las hazañas de Josué y los otros Jueces de Israel empiezan a sucederse de manera que Gilgal y Silo son dos lugares de adoración.

En Gilgal vuelve el concepto patriarcal de recordatorio. Doce piedras del río Jordán son traídas para recordar que Dios les había permitido pasar a través del Jordán en seco como lo había hecho en el mar Rojo: un acto de adoración. Pero las influencias del culto a Baal, provoca que todo vuelva atrás y pasen 300 años de espiritualidad prostituida. Incluso Silo, que fue

un centro de adoración de los israelitas desde Josué hasta Samuel, pierde su preponderancia como el principal santuario de Dios. Como resultado, adoración en un determinado lugar no se menciona desde Josué hasta 1ª de Samuel. Es decir, un pueblo llamado a adorar al único Dios, destruido por la adoración a otros dioses.

La integridad y la dirección del joven Samuel sitúa al pueblo en el camino de la adoración que se culmina con David y Salomón, con quienes emerge la más elaborada y magnífica estructura de adoración entre los judíos. Los cantos de David, las oraciones, los instrumentos, los sacrificios, los vestidos ornamentales, los sacerdotes, la dedicación de los levitas..., son ejemplos de una adoración que se magnifica en sí misma, se autoamplifica. En la dedicación del templo, 2ª de Crónicas relata la excelencia artística y escénica del culto, al tiempo que expresa el alcance del acto adorador: *'cuando el pueblo vio la gloria del Señor sobre el templo se postraron sobre sus rostros a tierra y adoraron, y alabaron a Jahvéh...'* (2ª Crónicas 7:3).

Adorar es tocar el suelo de nuestra propia realidad. Así lo expresó Jahvéh a Salomón en el pacto posterior a la terminación del templo: *'si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra'* (2ª Crónicas 7:14). Magnífica descripción de adoración. Curiosamente, recientemente habían experimentado un momento álgido y sublime de adoración, con *'el fuego y la gloria del Señor'*, pero Dios insiste que la adoración es *'sacha'*, besar el suelo, ordenar los caminos y desear su palabra más que oro afinado (Salmos 19:10).

Con el templo vino una evolución del culto que se desarrolla alrededor de las fiestas que se celebran por todo el país, pero el centro neurálgico es el deseado templo, lugar de reunión y adoración. La lectura de salmos y la conversación de los salmistas con Dios es directa, con una poesía inspiradamente estética. La riqueza de la adoración se vislumbra en la profundidad del libro de los Salmos, donde hay alabanza, imprecación, oración, súplica, clamor, expresión de postración, en definitiva, adoración.

Desafortunadamente este estado espiritual del pueblo no perduró. La adoración empieza a recorrer un camino descendente, llega a ser un fin en sí misma y la madurez espiritual es reemplazada por un ritualismo hipócrita y vacío. Israel ensucia la verdadera fe en su Hacedor con compromisos políticos, ídolos, y prácticas cúlteras de sus vecinos paganos. Oseas escribe

claramente el deseo del Señor: *'misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos'* (Oseas 6:6). Una adoración que nazca del corazón más que del pomposo o reiterado ritual; un serio temor de Dios más que grandes celebraciones.

El camino descendente del pueblo de Israel les lleva al cautiverio en tierra extraña. La tierra extranjera y los cultos paganos trae a los israelitas sentido común, les cura de su idolatría y tendencias politeístas. El deseo de adoración da lugar a la sinagoga, el lugar de reunión. El culto de adoración en la sinagoga es sencillo; incluye la lectura de las Escrituras, oración e instrucción, nada más. La música es usada poco, aunque paulatinamente toma su protagonismo, pero con una ligera apariencia de lamentación que les seguiría durante siglos.

La vuelta de la cautividad permite reconstruir el templo e iniciar un tiempo de adoración donde las Escrituras serían el centro de la búsqueda de Dios. Junto a las Escrituras, el pueblo comienza a desear el cumplimiento de la venida del Mesías. Los profetas lo anuncian y el pueblo realiza una adoración adormecida, muy pendiente de la venida del gran libertador, el Mesías.

El cambio de hoja al Nuevo Testamento nos permite observar la grandeza del mensaje de Jesús en cuanto a la adoración. Sus primeras y autorizadas palabras las pronuncia frente a su más directo adversario, Satanás: *'al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás'* (Mateo 4:10). Tras insistentes propuestas de Satanás, Jesús culmina su victoria con una oferta imposible de cumplir por el ángel caído: adorar y servir absolutamente, con entrega y máximo sometimiento. No hay alternativas: el Señor es digno de toda adoración.

Aunque Jesús no manda directamente a sus discípulos a adorar, él habla de la esencia espiritual de la adoración. Frente a la mujer samaritana, en el pozo de Sicar, Jesús realiza la declaración más excelente sobre adoración. Respondiendo a la mujer que insistía sobre el lugar de adoración (*'nuestros padres adoraron en este monte -Gerizim-, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar en que se debe adorar, -Moriah-'*), Jesús elimina de un plumazo la liturgia geográfica de la adoración: *'Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren'*. Pero también elimina los elementos físicos de la liturgia. Los sistemas de sacrificio y ceremonias del judaísmo terminan definitivamente con la muerte de Cristo.

Esta enseñanza, determinada por Jesús, inspira a la actividad cúlrica de los primeros cristianos. El culto o adoración primitiva es, en esencia, *una actitud antes que una actividad*. Pero, ¿cómo era un culto cristiano del primer y segundo siglo? El prototipo que seguidamente presento es un compendio de tres o cuatro modelos de reuniones de adoración del siglo I y II a raíz de distintos escritos y líneas de investigación de la iglesia primitiva, aunque en un espacio de dos siglos estos elementos mutaron paulatinamente hasta desembocar en distintos modelos litúrgicos, aunque con cierta unificación.

Es interesante destacar que la asistencia al templo o a la sinagoga y algunos conceptos litúrgicos anteriores se mantuvieron hasta la ruptura entre judaísmo e iglesia. Como ejemplo, después de Pentecostés Pedro y Juan subieron al templo a la hora novena, la de la oración (Hechos 3:1), mientras también se reunían en casas teniendo comunión unos con otros, partiendo el pan, orando y alabando. La convivencia entre dos lugares y conceptos de adoración se mantuvo durante gran parte del primer siglo, incluso Pablo, después del tercer viaje misionero subió a Jerusalén para adorar (Hechos 24:11). Pero a partir del segundo siglo ya se concretan los elementos esenciales que conformarían la adoración de la iglesia de las misiones.

Es habitual que las reuniones de la iglesia primitiva comiencen con una bendición: *"Gracia y paz a vosotros de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo"* (1ª Corintios 1:3). En el Nuevo Testamento hay bastantes y extensos formatos de invocaciones que nos dan una idea muy aproximada de lo que significaba esta bendición inicial (Gálatas 1:3 a 5). La invocación era una proforma judía muy utilizada. Todo lo que tenía una especial relevancia en la vida diaria del hebreo se ponía delante de Dios de manera solemne. Los primeros cristianos prosiguen en esta convicción y creen plenamente que la adoración comunitaria debe empezar con la invocación: una consciente y solemne súplica a Dios a fin de que Él presida y sea el único objeto de adoración.

A la invocación le sigue la confesión pública de que Jesús es el Señor. Esta confesión, comenzada por alguno de los apóstoles, ancianos o pastores de la congregación es seguida espontáneamente por quienes desean declarar su fe. Decir a viva voz que "Jesús es el Señor", no era una afirmación ritual o simple para cualquier asistente. Significaba aseverar que aquel Jesús al que habían crucificado, que había sido injuriado, puesto en desprecio por las autoridades religiosas, y cuestionado por toda una nación, era el mismo Dios, era el Salvador. Es decir, un compromiso de fe evidente y patente, una

declaración de principios. Era también un momento en el que por primera vez nuevas personas daban testimonio de su fe en Cristo Jesús.

Cuando las confesiones parecieran haber tocado a su fin comienzan las oraciones. Normalmente son iniciadas con la recitación del "Padre nuestro" (Mateo 6: 9 a 15). Uno de los hermanos empieza a susurrarla, a lo que los demás se unen para continuarla. Después surgen oraciones espontáneas. Uno empieza a orar y al acabar éste empieza otro, y después otro y otro. Son oraciones que tienen como modelo el "Padre nuestro". Son plegarias sencillas pero con contenidos cotidianos basados en la oración que Jesús enseñó. Hay alabanza, gratitud, petición por las necesidades diarias, compromiso en el perdón, restauración, admisión de la voluntad divina y glorificación del Padre. Las oraciones eran contestadas afirmativamente con un susurrado "amén". (1ª Corintios 14:16).

Entonces todos cantan algunos himnos. Unos son salmos (como el 112, el 95, 86 ó 98), y otros empiezan a ser frases repetidas, más o menos entonadas y musicadas que más tarde se reconocerán como los primeros himnos neotestamentarios (1ª Timoteo 3:16; Efesios 5:14; y 2ª Timoteo 2:11 a 13). Junto a salmos e himnos también aparecen los cánticos espirituales (Efesios 5:19; Colosenses 3:16), una modalidad musical griega que los cristianos de Asia Menor incluyen como útil en la adoración. Las '*odas pneumáticas*' son copias de un modo teatral griego que incluía un baile musical, agitando el cuerpo y las manos en consonancia de la música. En sí, el apóstol Pablo no presenta un nuevo modo espiritual de adoración, es un modo griego de música y teatro.

El canto se realiza sin instrumentos musicales, y ello es por dos razones esenciales: 1- el modelo de canto aprendido en las sinagogas era sin instrumentos, tan solo acompañados por algunos de percusión, pues los judíos consideraban que no debían tocar los instrumentos hasta que dejaran de ser un pueblo sometido; y 2- el tipo de canto modal hebreo y griego que se utilizaba no precisaba de una base musical para cantar, era muy rudimentario, con dos o tres notas de entonación, sin armonía, y con un ritmo muy básico y reiterativo. Con esta forma los cantos se entonaban sucesivamente tal y como surgían de la mente y de los corazones. Uno de los presentes empezaba, sumándose paulatinamente todos los demás. Y así sucesivamente.

Después seguía la lectura de pasajes de las Escrituras. Se acostumbraba a leer mucho, con la intención de que la sola palabra hablase al corazón del

creyente. No había interpretación concreta a esas lecturas, solamente la respuesta del corazón: *"la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios"* (Romanos 10:17). Seguidamente, las narraciones y/o lecturas relativas a la vida y muerte, palabras y hechos de Jesús. Eran leídas a viva voz o eran testimonios directos y vivenciales de alguno de los discípulos que aún vivía. Más tarde fueron lecturas de los primeros evangelios y de las epístolas paulinas que empezaron a circular entre las iglesias de Asia Menor.

Es importante destacar la necesidad que tenemos hoy en día de leer la Palabra de Dios en público. Necesitamos leer más la Biblia en el culto. Leerla sin interpretación posterior, sin ser una muleta que sirva para desarrollar un sermón, leerla por el beneficio que aporta una lectura tranquila y pausada.

A la lectura, le seguía la 'instrucción', que eran alocuciones de edificación y amonestación en referencia a alguna parte de lo que se había leído. Entonces algunos de los apóstoles, pastores o ancianos guiados por el Espíritu Santo hablan con gracia, proféticamente y con denuedo de aspectos reveladores para la vida de la iglesia. Son momentos de aplicación práctica de la fe. Por lo general, no hay ningún tipo de interlocución entre el mensajero y los oyentes, pero hacia el final del siglo II empieza a ser habitual que espontáneamente se formulen preguntas para su posterior aclaración. Cuando alguien no entiende algo o tiene dudas sobre los hechos que habían sucedido en la vida de Jesús, pregunta públicamente. La contestación es inmediata, prosiguiendo después con el desarrollo de su alocución.

Posteriormente siguen algunas oraciones espontáneas realizadas por los propios asistentes. Algunas son de confesión, otras de arrepentimiento, otras de agradecimiento. Cuando ya no se realizan más oraciones, uno de los ancianos o pastores termina con la bendición: *"La gracia del Señor Jesucristo sea con todos vosotros"*. En las distintas epístolas del Nuevo Testamento podemos hallar diferentes bendiciones que nos ofrecen una visión muy exacta de la intensidad de la adoración neotestamentaria (Romanos 16:27; 2ª Corintios 13:14; Gálatas 6:18; Efesios 6:24; y 2ª Timoteo 4:22). La reunión terminaba con el ósculo santo o del amor fraternal, un beso de hermano a hermano (Romanos 16:16; 1ª Corintios 16:20; 1ª Pedro 5:14).

Aunque existían distintos modelos cúltricos, la adoración no concluía con el ósculo santo, sino que el espíritu de adoración a Dios continuaba con el tiempo de la "comuni3n de los santos". En esos momentos se hacían las

ofrendas y se compartían los alimentos entre todos. Los más necesitados recibían comida, se repartían según las necesidades de los santos y, además de ofrendar, se organizaban para ayudar a los que más lo precisaban. Era un tiempo donde se reflejaba de manera práctica los contenidos de la adoración a Dios. También era el momento donde, al tomar de los alimentos, se recordaba por medio del pan y del vino la muerte y resurrección de Jesús. Era en los instantes finales de la comida cuando, de manera solemne, se hacía el recordatorio, y que muchas veces se confundía con la glotonería, a lo cual el apóstol Pablo alerta sobre los abusos (1ª Corintios 11:20-22).

Este relato histórico y una visión general del A.T., nos invita a realizar varias aplicaciones o consideraciones contemporáneas, necesarias como reflexión.

1- La adoración que Jesús proclamó es aquella en la que el acento no está en la liturgia, sino en el espíritu de postración ante Dios. Jesús declara que no hay *enclave litúrgico* ni *elementos litúrgicos* en la adoración aprobada por Dios, pese a que algunos elementos litúrgicos se sustituyen por el pan y el vino, las oraciones, etc. Nuestra responsabilidad es velar para que nuestros dispositivos rituales no se sitúen por encima de la más genuina adoración. La adoración precisa de un espíritu dispuesto y sincero, y, realmente, esto último no lo puede provocar el ritual litúrgico, sino un llamado a la obediencia y a la sencillez cordial.

2- Es inevitable reforzar la teología neotestamentaria y observar el Antiguo Testamento desde la perspectiva del Nuevo, no al contrario. Es curioso observar cómo muchas doctrinas de adoración (y de alabanza) contemporáneas están centradas casi exclusivamente en el Antiguo Testamento, con sus modelos adoracionales. De esta forma se sostienen prácticas incoherentes, en las que se sigue al pie de la letra distintos conceptos de textos bíblicos, que nada tienen que ver con el marco que nos presenta el Nuevo Testamento.

3- Es necesario reencontrarnos con el *silencio santo de la adoración*: esta es una asignatura pendiente. Nuestra sociedad levanta tantas voces y ruidos que deseamos acallarlas con más voces y más ruidos. La adoración es sumisión, postración, arrodillarse...; el silencio es parte del acercamiento a la grandeza de Dios, y parte imprescindible de la escucha de la voz de Dios. Provocar en la adoración un silencio santo no se consigue simplemente callando, dejando de hablar, sino buscando de manera creativa un silencio santo que permita que la voz de Dios hable a nuestros corazones.

4- Atender el lenguaje de la sociedad contemporánea permite contextualizar el culto y la adoración. Más que *liturgias rituales*, creo que debemos ser sensibles a la *estética, el léxico y la ética en la adoración*. Cada sociedad impone sucintamente ciertas imposiciones *estéticas, léxicas e, indudablemente, éticas*. *Estéticas* porque inciden en la valoración de lo bello y lo feo y condicionan la cercanía o lejanía emocional. *Léxicas* porque incorpora un lenguaje propio que comunica valores, ideas, conceptos y pensamientos que generan distintas corrientes sociales. Y *éticas*, porque las certezas o las incertidumbres de cada sociedad, aún pudiendo ser supremas y universales, quedan tamizadas por su propio código moral.

La adoración, lejos de conformar nuevas *liturgias rituales*, debe tener su *estética*, su belleza aceptada. Un lenguaje en lo que lo bello se manifieste con naturalidad, en donde la adoración se exprese de manera bella, en sabia relación con la belleza contemporánea.

El *léxico*, como lenguaje entendible por todos, debe alcanzar la comprensión de la mayoría. Un *léxico* instalado en la lejanía por la liturgia ritual, provoca una adoración distante y mística, sin llegar a ser personal. El lenguaje y sus modos de comunicación deben participar elegantemente en la profundidad de la adoración, aunque sin caer en vulgaridades.

Y la *ética*, debería ser la esencia de nuestra adoración. *Una adoración ética*. Una *ética* que invite a huir de cualquier fingimiento y se exprese desde la sinceridad, en adoración genuina. La liturgia ritual puede ser una invitación a teatralizar la fe; es preferible la sinceridad del estado natural de la adoración. Para lograrlo, muchas veces es necesario saber driblar con acierto la exigencia litúrgica y dotar a la adoración de la naturalidad más sencilla: aquella que se expresa tal y como es el estado espiritual del adorador.

6- El contenido de la adoración comunitaria tiene dos direcciones: 1- someterse, postrarse, arrodillarse y humillarse delante de Dios; y 2- permanecer en una ansiosa espera de recibir su Palabra y la bendición de Dios. Dos trayectorias a través de las cuales el Espíritu Santo con el que fuimos sellados gime por nosotros con gemidos indecibles y nos enseña que la adoración no es solamente una *acción* sino una *actitud*, tanto en privado como en público, en el culto.

Escuchar y presentar la Palabra de Dios es una de las bendiciones de la adoración. Adoración no es solo verter nuestra alabanza en Dios como un modo de sincera devoción, sino que detener nuestro reloj humano y saber provocar en la congregación la devoción a la Palabra de Dios es nuestra máxima responsabilidad.

7- Constatar que en muchos círculos evangélicos existe la reducción de la adoración al placer que produce la música en el «adorador» Conuerdo con el teólogo suizo Karl Barth (1886-1968), quien afirma que «la adoración cristiana es la acción más trascendental, urgente y gloriosa que pueda tener lugar en la vida humana.»

Estamos sufriendo una comprensión de la adoración en función del bienestar que le causa al adorador. Con ello se olvida que «la adoración, si se hace como reacción a cualquier cosa diferente del misterio de Dios en Cristo, es idolatría». Debemos tener presente las palabras del salmista: «Dad a Jahvéh la honra debida a su nombre» (Sal 96:8), y la razón: «porque Jahvéh nuestro Dios es santo» (Sal 99:9). La adoración por tanto es teocéntrica y no antropocéntrica.

La adoración cristiana, entendida de manera correcta es «la celebración sometida absolutamente a Dios en su dignidad suprema, de manera que su "dignidad" se convierta en la norma e inspiración del vivir humano». Basándonos en la afirmación anterior, adoramos por medio de la alabanza, la oración, la ofrenda, el sermón, la confesión de la fe, la Cena del Señor, el bautismo, el trabajo cotidiano y/o el testimonio.

8- Advertir del peligro de la reducción de restringir la presencia de Dios a su intervención en el culto público de la iglesia. No sólo nos enfrentamos a la reducción de la adoración al placer que produce la música en el «adorador», sino que también, como consecuencia, se ha establecido que la presencia de Dios sólo puede darse o «sentirse» dentro del culto público de la iglesia. Esto ha fomentado un olvido de la adoración interna, cuya consecuencia es el énfasis de las experiencias de carácter masivo en detrimento de las disciplinas espirituales individuales.

En términos generales podemos decir que nuestro pueblo, por lo general, canta pero no reflexiona, da gritos de júbilo pero no lee, entrega la ofrenda pero no se da a sí mismo como ofrenda o sacrificio vivo, oye la Palabra pero no la escudriña.

El culto cristiano es la centralidad de Cristo en el culto, la certidumbre de la presencia del Espíritu Santo, la exigencia de que como adoradores tenemos que dar lo mejor de nosotros (2^a Samuel 24:24) y demostrar de esta manera que estamos conscientes de la presencia de un Dios tremendamente santo y sublimemente misericordioso. Este es nuestro gran desafío, mantenernos dentro de esas convicciones.

«Porque escrito está: *«Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás.»* (Mt. 4:10)